

Señoras y señores:

Con alegría y confianza en la Providencia de Dios, inauguramos un nuevo año académico. Este es uno de los actos de más larga tradición en las comunidades universitarias de todo el mundo, porque marca el ritmo anual del trabajo académico y simboliza “el eterno inicio” de quienes buscan la verdad.

La inauguración de este año reviste para mí una connotación especial, que quisiera compartir con ustedes. En marzo de 1959, es decir, hace justo medio siglo, ingresé a la Escuela de Medicina de esta universidad. Recuerdo muy bien ese día, lleno de gratos momentos, en el que subí al tercer piso de la antigua Escuela para recibir la bienvenida introductoria del Dr. Juan de Dios Vial Correa, nuestro profesor jefe.

Pero, ciertamente, esta no es una ocasión para compartir memorias personales y evocar vivencias entrañables. He mencionado mi larga vinculación con nuestra universidad, únicamente para validar una condición de testigo presencial de estos cincuenta años de su historia. Un lapso significativo, en el que han ocurrido acontecimientos que constituyen importantes hitos en el devenir de nuestro ateneo, entre ellos las reformas de la década del sesenta, la llegada de rectores laicos, y el exitoso esfuerzo de sustentación económica realizado en la década de los ochenta.

Pero pienso que lo más relevante de ese período no han sido los hechos históricos que he mencionado, sino el notable crecimiento y desarrollo académico que experimentó nuestra universidad.

La Universidad Católica de entonces era una institución docente, donde se hacía muy poca investigación. La mayoría de sus profesores tenía contratos de tiempo parcial y los estudiantes provenían de familias acomodadas, por lo menos un alto porcentaje de ellos.

La Universidad Católica de ahora es parte del selecto grupo de instituciones de educación superior clasificadas como de “investigación intensiva y estudios avanzados”. En el plano académico es inmensamente más solvente, por así decirlo, de aquella que me acogió y educó y, en el aspecto social, más representativa de la sociedad chilena.

Hace cinco décadas, en el contexto de un Chile mucho más pobre, socialmente segmentado y políticamente desgarrado, nadie habría podido imaginar que en las décadas siguientes la Universidad Católica alcanzaría el notable dinamismo, florecimiento académico y gravitación social que exhibe en el presente.

Pero hoy quisiera obviar un análisis de lo mucho que ha cambiado nuestra universidad, para referirme, preferentemente, a lo que en ella ha permanecido constante, inmutable y que, a mi entender, explica su éxito.

Me refiero al alma de nuestra Casa de Estudios. Y uso la palabra “alma” según su etimología original, es decir para designar aquello que la anima, el principio que la mueve y vitaliza.

El alma de nuestra Universidad es su *sentido de misión*. A su vez, dado que este sentido de misión surge de su *catolicidad*, me atrevo a decir que el alma de ésta querida Universidad es el *sentido de misión que le imprime su catolicidad*.

Una misión de anuncio y servicio. Anuncio de la Buena Nueva, que nos compromete vitalmente con la persona de Jesús, para nosotros camino, verdad y vida (cf. Jn 14, 6). Y servicio al bien común, particularmente a todo lo que se refiere a la “tutela y desarrollo de la dignidad humana”. (*Ex corde Ecc* N° 12).

Nuestro sentido de misión se manifiesta en cuatro dimensiones fundamentales. La primera es su dimensión epistemológica, la cual implica la forma en que nos acercamos a la verdad. Vale decir, la actitud con que enfrentamos el misterio profundo de nuestra condición humana y su realidad física y espiritual. Esa búsqueda constituye la misión fundamental de una institución universitaria. Decía Romano Guardini que comprender esa dimensión de la vida universitaria, descubrirla de manera siempre nueva, experimentarla y anunciarla es lo esencial del ser universitario. En ello descansa su ethos más profundo. (cf. *Tre scritti sull'università* p.27).

Por vocación y exigencia radical, una universidad católica está abierta a la verdad en *todos* los campos del saber, y a *toda* la verdad. En el universo material *nada* le resulta ajeno y tampoco en el universo espiritual, donde *nada* queda fuera de sus preocupaciones intelectuales (cf. *Juan Pablo II, Lovaina la nueva, 21/IV/1985*).

Esa búsqueda libre y desinteresada de la verdad se ha hecho parte de nuestra cultura. En ella subyace el convencimiento de que la razón humana puede acceder a la verdad. Más aún, si la razón es iluminada por la fe.

Por lo tanto, nuestra apertura a *toda* la verdad, en *todos* los campos del saber, no se limita a las ciencias naturales y sociales, incluye a las artes y a la metafísica. Las artes buscan explorar realidades inefables, que sólo pueden ser expresadas utilizando formas, colores o sonidos, que aparecen como destellos de aquella Belleza que San Agustín llamó *tam antiqua et tam nova* (cf. *Confesiones*).

Por otra parte, la metafísica y su pregunta por el Ser nos sitúa en una posición de franco contraste con las corrientes que Vattimo ha denominado del “pensamiento débil” y, por lo tanto, escépticas con respecto a la posibilidad de que la razón pueda alcanzar verdades fundamentales. (*Il pensiero debole*, 1983).

La segunda dimensión en la que se expresa el sentido de misión de nuestra universidad, es de naturaleza cognoscitiva y consiste en nuestra mirada al conocimiento humano desde una perspectiva unitaria. Es decir, por sobre la

fragmentación de campos disciplinarios, consecuencia de la especialización del conocimiento, nosotros percibimos la esencial unidad del saber humano.

Nuevamente, la fe ilumina esa visión, y su vehículo es el cultivo de la teología. Es aquí donde la identidad *católica*, nos aporta su radical "universalidad", su apertura a la Fuente de toda verdad.

Esa perspectiva unitaria del conocimiento reviste una importancia crítica cuando se trata de abordar el fenómeno humano. Como lo han hecho notar diversos pensadores, entre ellos Heidegger, la suma de los conocimientos sobre la especie humana que aportan las ciencias empíricas permite dibujar un mosaico notable de la naturaleza biológica, psicológica, y social de la especie humana, pero no revelan el porqué de su existencia.

La actitud de búsqueda incesante y apertura confiada a la verdad que mueve a las universidades católicas es determinante para el tercer ámbito, donde nuestro sentido de misión se manifiesta con una característica singular. Me refiero a la dimensión antropológica de nuestro proyecto universitario y a la forma en que éste se expresa en una propuesta educativa concreta.

Una universidad católica intenta educar movida por un sentido trascendente, buscando lograr la plenitud de las personas en la imagen de Cristo. Educa, en consecuencias, para la libertad, la alteridad y la responsabilidad; y lo hace desde un contexto relacional, en una comunidad de personas donde aquellos valores deben hacerse vida.

Además, creemos que la riqueza de una comunidad educativa radica, por igual, en su fuerza intelectual, es decir en su excelencia académica, y en su capacidad de acogida fraterna. Sólo cuando la cultura de una universidad es consonante con el anhelo de comprender al mundo que tienen los jóvenes y, a la vez, cordial y afectiva en su forma de relacionarse, sólo entonces podrá comenzar realmente a educar. Es decir, a entregar los elementos necesarios para que los estudiantes crezcan como personas.

Lo manifestó sabiamente Pablo VI, de venerable memoria, al afirmar: "el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros o si escucha a los maestros es porque son testigos". (*Evangelii nuntiandi*, N° 41)

Este es el único camino mediante el cual las universidades pueden cambiar la cultura y contribuir a la construcción de un nuevo humanismo. Nunca lo harán desde la mediocridad intelectual y el academicismo cerrado. Tampoco desde la despersonalización que trae la masividad, y menos desde la indiferencia moral y neutralidad valórica.

Por eso nos hemos esforzado en la renovación de nuestro proyecto educativo, no sólo mediante los cambios curriculares, sino enfatizando la educación personalizada, el acompañamiento de los estudiantes, la multiplicación de ofertas

de formación en la fe y en la solidaridad, en la educación de la voluntad y en la responsabilidad...

No nos basta que los estudiantes egresen de nuestra universidad transformados en buenos profesionales. Deseamos que sean mejores personas...

He denominado “espíritu de diaconía” al cuarto ámbito en que se manifiesta nuestro sentido de misión, porque se refiere a una actitud constante de servicio y en un fuerte compromiso con el bien común. No me detendré en este punto, que se manifiesta en nuestra “tercera misión”, dado que tuve la oportunidad de tratarlo al inaugurar el año académico 2008. Sólo quisiera reiterar la importancia del contenido de solidaridad que aporta a nuestra oferta educativa.

Comentando el sentido de misión que mueve a las universidades católicas, Juan Pablo II afirmó que ellas son “más plenamente universidad”. (cf. *JP II, Lovaina la nueva, 21/IV/1985*). Con esto quiso expresar la idea de que las universidades católicas han sabido mantenerse más cercanas al espíritu que animó a las universidades europeas en sus orígenes. Es decir, en ellas permanece vivo un sentido de comunidad de maestros y estudiantes, abiertos a toda la verdad.

En los últimos meses, sin embargo, fuimos sorprendidos por ácidas descalificaciones a nuestra labor. En el contexto de una campaña para obtener lo que han denominado un “nuevo trato” para las universidades del Estado, en la práctica más recursos económicos, algunos conocidos educadores denostaron a las “universidades confesionales”, que en nuestro país sólo puede significar “católicas”, afirmando que ellas son instituciones elitistas, cerradas a la investigación de ciertas áreas del conocimiento, donde también estaría vedada la discusión de algunos temas.

Además, comparaban desfavorablemente las universidades “confesionales” con las estatales, las cuales -por sus características de laicas, pluralistas y tolerantes - estarían en mejores condiciones para educar a los ciudadanos del futuro.

Junto con reflotar antiguos errores y prejuicios laicistas, estas afirmaciones trajeron al debate sobre educación superior un aspecto que hasta el momento había estado ausente del mismo. Me refiero a la discusión de una idea de universidad y del fundamento antropológico y epistemológico que debería sustentar un proyecto universitario.

Desde el informe de von Humboldt a Federico II y los escritos del Cardenal Newman, los conceptos sobre lo que una universidad es o debiera ser se han multiplicado. Entre ellos destaco, como aportes igualmente clásicos, “La Misión de la Universidad”, de Ortega y Gasset y “La Idea de Universidad” (*Die Idee der Universität*) de Karl Jasper y los notables ensayos de Jacques Maritain, Alfred Whitehead y Romano Guardini.

Todos estos autores proponen ideas de universidad a partir de una concepción determinada de persona humana y de sociedad, coincidiendo en señalar que los proyectos universitarios deben ofrecer una educación integral. Usando un lenguaje contemporáneo, diríamos que comparten el supuesto de que la construcción de un mundo mejor implica "humanizar" las culturas.

Desgraciadamente, la mayoría de las universidades del mundo carece de un proyecto educativo con sentido, orientado a la formación de personas. Simplemente, se limitan a transmitir conocimientos, es decir instruyen y capacitan a los jóvenes, en un contexto cultural que sólo intenta reproducir la atmósfera intelectual de la "polis". Eso implica cultivar un pluralismo sin anclaje moral, lo que, en la práctica, significa la ausencia de una propuesta explícita de valores.

Esa pretendida actitud de "neutralidad" moral favorece la adopción del relativismo y la ética subjetiva por parte de los jóvenes. Por lo mismo, exagera el individualismo y la percepción de autonomía personal sin más restricciones que "los derechos del otro".

Sin duda, este aspecto constituye el elemento que diferencia más nítidamente la propuesta educativa de una universidad que tiene un sentido de misión trascendente de aquella que prefiere poner en paréntesis su *weltanschauung* y los valores respectivos.

Las universidades católicas educan para acrecentar el *ser*, más que el *tener* de las personas (cf. *Gaudium et spes* N°35). Un aspecto fundamental de su propuesta es educar para la libertad responsable y no, simplemente, para la libertad como un fin. Al respecto, Benedicto XVI nos ha enseñado que: "La libertad no es la facultad para *desentenderse de*; es la facultad de *comprometerse con*, una participación en el Ser mismo". (*Universidad Católica de América, Washington, D.C., 17/IV/2008*)

Con esta afirmación el Santo Padre indica que en una universidad católica la educación para la libertad implica un compromiso con la verdad. Me refiero a la verdad concerniente al bien. Porque sólo mediante actos que son moralmente buenos -a la luz de la verdad objetiva- pueden realizarse las personas. De aquí entonces la relación crucial entre verdad y libertad.

En la conciencia de la cultura contemporánea se ha desvanecido el vínculo esencial entre verdad, bien y libertad. Por lo tanto, contribuir a que nuestra sociedad lo redescubra representa para nosotros un elemento central en el apasionante desafío de contribuir a la construcción de un nuevo humanismo.

Quisiera concluir invitándolos a reflexionar sobre los temas que les he planteado y a participar en el debate público cuando nuestro trabajo académico y nuestro proyecto educativo nuevamente motive cuestionamientos. Presiento que durante el curso de este año, en el que se discutirán muchos temas de educación superior, es probable que ello vuelva a ocurrir.

Aunque lo que se ha dicho sobre las universidades “confesionales” nos parezca decimonónico, ello apunta a la naturaleza misma de nuestra institución y de su misión fundacional, poniendo en duda la valía del aporte que hacemos a la formación de los jóvenes y, por lo tanto, al progreso del país. En honor a la verdad y a la justicia, no podemos marginarnos de la discusión.

Concluyo, invocando la protección de María Santísima, *Sedes Sapientiae*, para que nos colme de bendiciones en este nuevo año y nos muestre el camino hacia su Hijo, a quien confiamos nuestra universidad y a todos quienes trabajan y estudian en ella.

Muchas gracias.